

Gafes del oficio.

Sala

GAJES DEL OFICIO


JUQUETE EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ARREGLADO AL CASTELLANO

POR

DON FRANCISCO SALA

Representado en el teatro de Eslava la noche del 10 de Enero de 1879.


*Es propiedad
de
Mariano Otero*

MADRID

IMPRENTA Á CARGO DE IGNACIO MORALEDA

San Bernardo, 73.

1879

REPARTO.

PERSONAGES.

ACTORES

DOÑA ELENA
AURORA, *su sobrina*.....
SOLEDAD, *doncella de las anteriores*.
DON ANGEL, *comandante*.....
DON ANTONIO, *abogado*.....
GASPAR.....
ALFREDO, *amante de Aurora*.....
PEPE, *asistente de don Angel*.....
Un escribano.....
Un mozo de la fonda.....

La escena se supone en el Escorial, en una fonda y á la terminacion de la temporada de verano.

Esta obra es propiedad del editor de la *Biblioteca lírico-dramática*, Don Enrique Arregui, y nadie sin su permiso podrá representarla.

Los representantes de esta Galería son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales y en el foro, todas numeradas empezando el orden de numeracion por la primera á la izquierda del actor. Puerta en el fondo, Sofá, butacas, etc. En el centro un velador con periódicos.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO *y un mozo que trae una maleta, despues* SOLEDAD.

ALFREDO. Es esta la habitacion?

(*Señalando la puerta número 6 primera derecha.*)

MOZO. No señor.

ALFREDO. Entónces ¿cuál...?

MOZO. Esta de aquí (*Mostrando la número 5.*)

ALFREDO. Convenido.

MOZO. Desea usted algo más?

ALFREDO. Por ahora, no.

(*El mozo entra en la habitacion, saliendo á poco rato.*)

Oye muchacha.

(*A Soledad que habia salido del cuarto número 6 y se dirige á la puerta del fondo.*)

SOLEDAD. Es á mí? (*Volviéndose.*)

ALFREDO. Sí, vén acá.

SOLEDAD. Qué se ofrece?

ALFREDO. Una pregunta solamente.

SOLEDAD. Diga ya.

ALFREDO. Qué gente habita en la casa?

SOLEDAD. Toda ella es gente de paz.

ALFREDO. No es eso precisamente

- lo que te pregunto...
SOLEDAD. Ya!
Usted desea informarse...?
ALFREDO. Justo.
SOLEDAD. Qué curiosidad!
ALFREDO. Hay en ello inconveniente?
SOLEDAD. Inconveniente? No tal...
ALFREDO. Habla, pues.
SOLEDAD. En ese cuarto
(señalando el número 3, foro izquierda)
habita hace tiempo ya
un bizarro Comandante,
esforzado militar,
que se halla aquí detenido
por un negocio... local.
Es irascible en extremo
impetuoso y audaz.
No dan ganas de tratarle
por ser tan uraño y tan...
Mas como siempre dá pruebas
de su liberalidad...
Ocupa el cuarto inmediato
(indicando el número 2, segundo izquierda.)
un descendiente de... Adan,
muy preciado de sí mismo
de su porte y calidad.
Es un pollito en cañones,
presumido, insustancial,
que viste á la última moda,
que habla francés y aleman
y que las echa de listo
siendo un tonto y nada más...
mas como siempre da pruebas
de su liberalidad...
Habita aquel otro cuarto
(señalando el número 4, foro derecha)
un abogado capaz
de poner pleito á su sombra
por la cosa más trivial.
Cuentan como cosa cierta
que en su afan de pleitear,
se puso pleito á sí mismo...

- ALFREDO. Y lo ganó?
SOLEDAD. Claro está.
ALFREDO. Ja, já, já, já! (*Riendo.*)
SOLEDAD. Es presumido,
extravagante, vulgar,
susceptible, intransigente
y no sé si liberal,
pues aún no ha dado pruebas
de su liberalidad.
Ya sólo decir me resta
el nombre de cada cual...
ALFREDO. Es inútil.
SOLEDAD. Como usted
guste.
ALFREDO. (*Con interés.*) Pero dime: no hay
más huéspedes en la fonda?
SOLEDAD. Creo que no... (*Con afectada candidez.*)
ALFREDO. De verdad?
Ah! sí; es cierto... ya olvidaba...!
Es tan fácil olvidar...!
ALFREDO. Vamos, tú quieres la muestra
de mi liberalidad,
no es cierto? Nada más justo
Tén y no me hagas penar.
(*Dándole una moneda.*)
SOLEDAD. Gracias; pues en ese cuarto
(*Señalando el número 6*)
y un mes hace á poco más,
habita con su sobrina
una señora y de edad.
La primera, jóven, bella,
sencilla, amable, jovial...
ALFREDO. Se llama Aurora esa jóven?
(*Interrumpiéndola.*)
SOLEDAD. La misma.
ALFREDO. Ah! Y dices que está
aquí?
SOLEDAD. Sí, aquí está, y por cierto
que es una casualidad,
ALFREDO. Cómo!
SOLEDAD. La jóven desea
irse, su empeño es formal;

pero su tia se opone
á la idea de marchar
y ni ruegos, ni porfias
para con ella valdrán.
La pobre niña, entre tanto
triste y abatida está,
cavilosa, pensativa,
suspirando sin cesar
y... pero usted que ya tanta
pregunta haciéndome vá
será usted algo de esa jóven
amigo... pariente...

ALFREDO. Más. (*Sonriendo y bajando la voz.*)

SOLEDAD. Ah! Será usted...? En ese caso
(*al observar el movimiento afirmativo que hará Alfredo*)
no tengo que replicar.

ALFREDO. Y no podré ver á Aurora?

SOLEDAD. Ahora imposible... Quizás
mas tarde...

ALFREDO. Bien: pero luego
podré verla á solas?

SOLEDAD. Bah!

No faltará una ocasion
que poder aprovechar.

ALFREDO. Lista parece.

SOLEDAD. (*Sonriendo.*) Un poco.

ALFREDO. Y reservada...?

SOLEDAD. Sí tal.

ALFREDO. Entonces decirte excuso
de qué manera has de obrar.

SOLEDAD. Descuide usted.

ALFREDO. Hasta luego

Sé discreta y sé leal
y no te faltarán pruebas
de mi liberalidad.

(*Váse á su habitacion.*)

ESCENA II.

SOLEDAD.

Ya se ha aclarado el misterio.
No me engañaba al pensar
que algun objeto ocultaban

su tristeza y ansiedad;
mas nunca pensé que fuese
el tal objeto un galan.
Y qué tiene eso de extraño?
Qué ama á un hombre? Es natural...
No amo yo tambien? Acaso
no es una dicha el amar?
(*Oyense dentro algunos campanillazos.*)
Pero ahora que recuerdo...
Y los huéspedes...? Voto á...!
Pues no vá á armarse mal lio
si llegan á sospechar
que su amor robar pretende
un venturoso rival!
Já, já, já! Y ellos que son
presumidos á cual más!

(*Oyense nuevamente y con más fuerza los campanillazos.*)
Otra vez...! No hay duda, el lance
tendrá gracia...! En fin, allá
se las hayan... Mas qué es eso? (*Voces dentro.*)
Oigo voces... Si serán
ellos? Sí, ellos son... Huyamos
pronto de aqui, Soledad!
(*Váse corriendo por el fondo.*)

ESCENA III.

ANGEL, GASPAS, ANTONIO.

ANGEL. Chico!
(*Saliendo por el foro izquierda y llamando con voz récia.*)
GASPAS. Gaçon! (*Id. por la 2.^a puerta izquierda.*)
ANTONIO. Mozo! (*Id. foro derecha.*)
ANGEL. (*Gritando y dando palmadas.*) Aquí!
GASPAS. Chocolate!
(*Gritando y golpeando sobre el velador.*)
ANTONIO. Chocolate! (*Id.*)
MOZO. (*Saliendo.*) Qué se ofrece, caballeros?
LOS TRES. Chocolate!
MOZO. Va al instante.
LOS TRES. Pronto!
MOZO. Al momento, señores...
(*Dirigiéndose á la puerta del fondo y retrocediendo después.*)
En dónde quieren tomarle?

- ANGEL. Yo, aquí. (*Después de pensar un momento.*)
ANTONIO. Yo también (*Id.*)
GASPAR. *Et moi*
anssi.
- MOZO. Corriente. (*Váse*)
ANTONIO. (*Gritándole.*) No tardes.
ANGEL. (*Aparte.*) (Que siempre hagan estos necios lo que ven hacer...! Es grande!)
(*Sentándose contrariado junto al velador y cogiendo un periódico.*)
- GASPAR. Quiere usted un cigarrillo.
Don Antonio?
(*Sacando la petaca y alargándosela.*)
ANTONIO. (*Tomando un cigarrillo.*) Que me place.
Ya que otra cosa no hagamos
entretendremos al hambre.
(*Enciende el cigarro.*)
- GASPAR. Don Angel... (*Presentándole la petaca.*)
ANGEL. (*Con sequedad.*) Gracias, no fumo.
GASPAR. No? Y por qué?
ANGEL. Porque me hace
daño.
- GASPAR. Oh! Este es imposible.
Es aromático y suave...
ANGEL. Gracias. (*Impacientado.*)
GASPAR. Vamos... (*Insistiendo.*)
ANGEL. (*Irritado y gritando.*) No le he dicho
que no fumo?
- GASPAR. (*Qué salvaje!*)
(*Pausa, durante la cual don Antonio observa á don Angel.*
Gaspar enciende un cigarrillo y se pone á pasear por la sala.)
- ANTONIO. Usted ya debe ser viejo... (*A don Angel.*)
qué edad tiene usted, don Angel?
ANGEL. Y á usted qué le importa? Vaya!
(*Levantándose indignado.*)
O es qué piensa usted burlarse?
ANTONIO. Don Angel, yo no he querido
(*quiere disculparse*)
con mi pregunta agraviarle...
ANGEL. Háse visto majadero
más imprudente?

ANTONIO. *(Ofendido)* Don Angel!

ANGEL. Pues me gusta!

ANTONIO. Usted ignora
que yo soy...

ANGEL. Un Badulaque!

ANTONIO. Don Angel, usted me insulta!

Usted insulta á mi clase...

y sepa usted que por ménos

motivo, dos años hace,

puse pleito á un periodista

y aún se halla preso en la cárcel.

Con que esté usted prevenido...

porque ó retira las frases

que ha pronunciado, ó mañana

le llevo á los Tribunales

demandándole de injurias...

ANGEL. No diga usted disparates.

ANTONIO. Se burla usted eh...? Pues pleito.

ANGEL. Vamos, á usted hay que dejarle
por loco.

(Yendo á sentarse junto al velador á la izquierda del público.)

ANTONIO. Por loco? Allá

lo veredes, dijo Agrages.

Lo dicho: pleito y más pleito.

GASPAR. *(Riendo.)* Ja, já, ja! Es gracioso el lance!

ANTONIO. Y á usted también por reirse... *(A Gaspar.)*

A usted y á us...

(Primero á Gaspar, y en el momento de volverse hácia don Angel, se encuentra con el mozo que trae el chocolate en una gran bandeja.)

Mozo. El chocolate.

(El mozo coloca y dispone el servicio sobre el velador, á cuyo lado van á tomar asiento don Antonio y Gaspar, quedando el primero de estos entre el segundo y don Angel. Una vez dispuesto el servicio se retirará el mozo.)

ANTONIO. Gracias á Dios!

(Colócase la servilleta á guisa de babero.)

ANGEL. *(Al mozo.)* Ya era hora!

caramba!

ANTONIO. Caramba!

(Quemándose al probar el chocolate.)

- ANGEL. (*Creyendo que se burla*) Qué,
qué dice usted?...
- ANTONIO. Yo! Yo nada...
- ANGEL. Pues á callar y á comer.
(*Pausa durante la cual toman el chocolate.*)
- GASPAR. Son tiernos estos bizcochos...
Verdad don Angel.
- ANGEL. Sí á fé.
- GASPAR. Y el agua muy fresca...
- ANGEL. Como
un hielo
- GASPAR. Y clara...
- ANGEL. Sí, que es.
- GASPAR. Y el chocolate muy bueno...
- ANGEL. (Si repico á somaten!)
(*Con muestras de impaciencia.*) (*Pausa.*)
- GASPAR. (*A don Antonio.*) Ya apenas hace calor,
verdad?
- ANTONIO. Hace frio.
- GASPAR. Usted
como ha venido de América
hace poco...
- ANTONIO. Sí, hace un mes.
- GASPAR. Sentirá usted el invierno
más que nosotros.
- ANTONIO. Pardiez!
- GASPAR. Allí hará mucho calor...
- ANTONIO. Ya lo creo!
- GASPAR. Y diga usted...
es cierto que las mulatas
bailan el tango tan bien?
- ANTONIO. Oh! Muy bien.
- GASPAR. Y hay muchos negros?
- ANTONIO. A cientos.
- GASPAR. Y micos?
- ANTONIO. Qué?
- ANGEL. Pregunta si hay muchos micos.
- ANTONIO. A miles. (Qué pesadez!)
- GASPAR. Oh! Es un bicho que me gusta
en extremo. Mi placer
sería tener un mico
ó dos.

ANTONIO. (*Aparte á D. Angel.*) (Qué más mico que él!)
(*D. Angel que está bebiendo, al oír las palabras de don Antonio suelta la carcajada, salpicándole de agua.*)

ANGEL. Já, já, Já!

GASPAR. De qué se rien?

ANTONIO. Caramba, hombre! Usté no vé...!

Mire usted cómo me ha puesto!

(*Secándose con el pañuelo.*)

ANGEL. Já, já, já! No ha oído usted

Don Gaspar? (*Riéndose y levantándose.*)

GASPAR. Yo no, qué ha dicho?

ANGEL. Le ha llamado mico...

GASPAR. (*Levantándose.*) A quién;

á mi?

ANGEL. A usted

GASPAR. (*Indignado.*) Qué atrevimiento!

ANTONIO. Don Gaspar...

(*Levantándose con la jícara en la mano y procurando disculparse.*)

GASPAR. (*Con indignacion creciente.*) Qué avilantez!

Yo...

GASPAR. Fray Gerundio! (*Apostrofándole.*)

ANTONIO. Cuidado...!

GASPAR. Insolente!

ANTONIO. Mire usted...

GASPAR. Botarate!

ANTONIO. (*Ofendido.*) Usted me insulta!

GASPAR. Quiero insultarle. (*Fuera de sí.*)

ANTONIO. Sí? Pues

pleito.

(*Bebe el chocolate, manchándose la nariz, y deja la jícara.*)

GASPAR. A mi? Já, já! (*Al ver á don Antonio.*)

ANTONIO. Sí, pleito

por insultador; usted.

(*Volviéndose hacia don Angel.*)

Don Angel será testigo

de que el señor...

ANGEL. (*Riéndose al mirar á don Antonio.*) Já, já!

ANTONIO. Qué!

se burlan de mi? Corriente

pleito á usted y á usted tambien.

ANGEL. Já, já, já! Vaya una facha!

GASPAR. Já, já, já!

ANTONIO. (*Incomodado.*) Podré saber
por qué rien?

ANGEL. Mira el niño...!

(*Riendo y señalando con el dedo.*)

ANTONIO. Señores!

GASPAR. (*Riendo.*) Si tiene usted
toda la nariz tiznada
de chocolate!

ANTONIO. Y esa es
la causa de tanta risa!
Nunca llegara á creer...

(*Secándose con la servilleta que le habrá servido de babero.*
El mozo, sale recoge el servicio y váse.)

ANGEL. En fin, señores, dejemos
la broma para otra vez,
y hablemos si les parece
con formalidad.

ANTONIO. Pardiez!

No deseo yo otra cosa...

GASPAR. Yo lo mismo

ANGEL. Pues bien:
ustedes aquí me estorban,
señores.

ANT y GASP. Qué dice usted?

ANGEL. Que aquí me estorban ustedes...

Y ahora, han entendido bien?

GASPAR. S'ñor mio! (*Irguiéndose.*)

ANGEL. (*Sin hacerle caso y con flema.*) Por lo tanto
van á marcharse, y despues
vuelven, si así les conviene,
y si no, no vuelven.

ANTONIO. Qué?

ANGEL. Nada, lo dicho

ANTONIO. Don Angel!

ANGEL. Rompan filas.

(*Pasando entre los dos haciendo sonar los dedos.*)

GASPAR. (*Asombrado.*) Qué hace usted?

ANGEL. Y usted tambien... Vamos, pronto...

Media vuelta y al cuartel.

(*Haciéndolos dar media vuelta y encaminándolos á sus
cuartos respectivos.*)

- ANTONIO. Permítame usted, Don Angel:
tan extraño proceder
tan cumplida como usted.
Máxime: cuando tenemos
igual derecho los tres
para ocupar estasala.
- GASPAR. Eso se llama hablar bien
- ANGEL. Usted se calla
- ANTONIO. *Por tanto:*
reclamo la validez
del derecho que me asiste.
- GASPAR. Yo la reclamo tambien.
- ANTONIO. Y no me iré de esta sala...
- GASPAR. Ni yo tampoco.
- ANTONIO. A no ser
que usted se explique el motivo
de su exigencia.
- GASPAR. *Parbleu!*
soy de la misma opinion.
- ANGEL. Corriente. Me explicaré
por quitármelos de enmedio.
Ya hará, señores, un mes
que enamorado suspiro
por la vecina del seis
y que abatidos contemplo
mi valor y mi altivez
ante los hermosos ojos
de esa hechicera mujer.
Sí; yo amo á Aurora, señores, (*animándose*)
la adoro... Voto á Luzbel!
y fuera capaz por ella
de batirme contra cien,
de someter á los turcos,
de reconquistar á Metz
y, en fin, de hacer más proezas
que el mismo Cid. Ahora bien:
yo, el Comandante Don Angel
Cienfuegos y Pimentel,
necesito sin demora
hablar con esa mujer;
conque así, váyanse ustedes...

- y á todos nos vendrá bien.
ANTONIO. Cá! No señor.
GASPAR. Imposible!
ANGEL. Qué escucho! (*Despechado y con rabia.*)
ANTONIO. No puede ser.
ANGEL. Don Antonio! (*Con acento amenazador.*)
ANTONIO. *No ha lugar.*
GASPAR. *C'est pas possible, monsieur.*
ANGEL. Y por qué? Vamos... expliquense
(*con muestras de impaciencia.*)
GASPAR. Porque lo mismo que á usted
me han cautivado las gracias
de la vecina del seis.
(*movimiento de don Angel*)
y, como usted, necesito
hablar con esa mujer.
ANGEL. Qué es lo que oigo? Usted la quiere!
Rayos y truenos! No sé
cómo mi furor contengo
y no le estrangulo á usted...!
GASPAR. Don Angel! (*Atemorizado.*)
ANGEL. Voto á mil bombas!
Y soy yo aquel hombre, aquel
que mató dos mil facciosos
en nueve meses ó diez
y que cortaba cabezas
como quien corta papel...?
No soy yo, no, no es posible...!
No soy yo, no puede ser...!
¿Dónde está mi rabia, dónde...?
En dónde mi furor...? Brrr!
(*Dirigiéndose encolerizado y amenazador hácia Gaspar
que retrocede á medida que don Angel avanza hasta gua-
recerse detrás, de don Antonio.*)
ANTONIO. Por Dios, Don Gaspar, prudencia...
Don Angel, cálmese usted; (*conteniéndole*)
no demos un espectáculo...
GASPAR. Es que yo...
ANGEL. Por vida de...!
ANTONIO. Raciocinemos, señores.
Ustedes ven á través
de su pasión este asunto,

que yo dilucidaré,
pues fácilmente se advierte
que tanto usted, como usted
involucran las materias.
Oiganme atentos... Ejem...!

(*Tosiendo con afectacion.*)

Usted alega un derecho (*A don Angel*)
que invoca el señor tambien,
y con derechos iguales
fuerza absurdo contender.

Item: habiendo un tercero
que presenta ante la ley
mejor derecho que ustedes...

Cómo es eso?

ANGEL.

GASPAR

A ver, á ver...

ANTONIO.

Yo amo á Aurorita, señores;

ANGEL.

Usted tambien!

ANTONIO.

Yo tambien!

La adoro desde el momento
en que absorto, contemplé
aquel manual compendiado,
perfecto, absoluto y fiel,
en donde tan sabiamente
recopilados se ven
la belleza, la dulzura,
el talento y el saber.
Sí, yo amo á Aurora, señores;
la idolatro... Y como sé,
señores, que el celibato
á mí no me prueba bien,
he decidido casarme
con ella. Terminó, pues,
suplicándoles retiren
sus pedimentos, y que
obviando enojosos trámites
que no ofrecen interés,
se me adjudique la mano
de la vecina del seis.—He dicho.

ANGEL.

Y qué ha dicho usted?

ANTONIO.

Mal que les pese
al fin tendrán que ceder.

ANGEL.

Yo no cedo.

GASPAR. Yo tampoco.
ANTONIO. El derecho ante la ley!
ANGEL. Qué ley ni qué calabazas..!
La quiero y me casaré
aunque se oponga el infierno!

GASPAR. Yo la adoro, y yo he ser
el que se case.

ANTONIO. Corriente:
nos casaremos los tres.
Pero no, eso no es posible...
Me ocurre una idea.

GASPAR. A ver.

ANGEL. A ver.

ANTONIO. *Remedium habemus.*

ANGEL. Vamos, hombre, acabe usted.

ANTONIO. Cada uno escribe una carta
de su amor retrato fiel
y por un mismo conducto,
que Soledad podrá ser,
se remiten las tres cartas
á Doña Elena.

ANGEL. Bien.

GASPAR. Bien.

ANTONIO. Doña Elena, es consiguiente,
elige á uno de los tres;
y los otros dos serán,
salvo mejor parecer,
los testigose en la boda
del preferido. Con que
¿he dicho algo?

ANGEL. Me conformo.

GASPAR. Yo me conformo tambien

ANTONIO. Pues manos á la obra.

GASPAR. Sí.

sí; no hay tiempo que perder.
(Quién resiste mi elegancia
y de mis timbres la prez!)

(*Encaminándose á su habitacion.*)

ANTONIO. (*Aparte*). (Mi elocuencia me asegura
el triunfo... Luchemos, pues.)

Hasta la vista, señores...

(*Alto y retirándose á un cuarto.*)

ANGEL. Señores, hasta mas ver...
(Como me dé calabazas
degüello á este par!)
GASPAR. (*Váse precipitadamente á su aposento.*)
(*Entrándose en su habitacion.*) Adieu...

ESCENA IV.

DOÑA ELENA, AURORA.

ELENA. Lo dicho, dicho: sobrina.
Mi última resolucion
es esa.

AURORA. Pero...

ELENA. (*Con aspereza.*) No hay pero
que valga.

AURORA. Oh, esto es atroz!

Dos meses aquí metida!

ELENA. Dos meses! Niña por Dios
si aún no hace siete semanas...!

AURORA. Dichoso Escorial! Si yo
lo llego á saber...

ELENA. Pues antes
si equivocada no estoy,
te parecía este sitio
delicioso, encantador...

AURORA. Tia, es verdad: pero ahora..

ELENA. Han sufrido variacion
tus ideas?

AURORA. Todo cansa.

Lo que al principio gustó

puede despues ser motivo
de tédio y hasta de horror.

Y si nó, sea usted franca:
no es usted de mi opinion?

No le aburre á usted la vida
que llevamos?

ELENA. A mi no.

Esto, sin contar los gastos
que produce una estacion
semejante...

ELENA. Calla, tonta!

Quién en los gastos pensó
estando ya el pleito casi
resuelto á nuestro favor?

AURORA. Dios haga que así suceda,
tia.

ELENA. No está la razon
de mi parte?

AURORA. Allá veremos.

ELENA. El mismo procurador
me lo asegura en su carta:
y al noticiarme que hoy
se sentenciaría el pleito,
dice y afirma que yo
le ganaré al fin, no obstante
la influyente posicion
de que goza mi contrario.
Ya sabes... Don Nicanor,
el tio de ese Alfredivo
que aún te persigue...

AURORA. (*Con muestras de turbacion*). A mi! No...

ELENA. Es inútil que lo niegues...

AURORA. Pues bien tia, sí; el amor
que le tengo...

ELENA. Con que es cierto
lo que sospechaba yo?

AURORA. Sí, tia.

ELENA. Pero es posible
que aún pienses en él? Rubor
me daría el confesarlo
sobrina... Qué humillacion!
Casarte tú con un hombre
que hace comedias! Qué horror!
Tú, la nieta de don Rufo
Quincoces y San Simon,
hombre de tan raro ingenio,
de talento tan precoz,
que aún no tenía veinte años
cuando las aulas dejó
sabiendo más medicina
que Mozart y Fenelon!
Y qué diré de mi esposo,
el mayordomo mayor
de la Santa Cofradía
de la Virgen de la O...?
Qué hombre, Dios mio, qué hombre!

Si era todo un Ciceron!
El tocaba la vihuela,
el armonium y el fagot;
componía villancicos
en alabanzas de Dios,
y cantaba un *De profundis*
con tal gracia y tal primor
que no le hubiera igualado
ni el mismo Walter Secot!
Pobrecito de mi vida!
Si viviera, por quién soy,
que no mirara impasible
tal mancha sobre su honor!
Y tú, que tan claros timbres
ostentas en tu blason,
unirte piensas á un hombre
de tan baja estofa...? Oh!
no me hables más de ese asunto,
no me hables más, ó por Dios
que sentirás todo el peso
de mi justa indignacion.

AURORA. Lo haré como usted desea,
pero sepa que mi amor...

ELENA. He dicho á usted que se calle!

AURORA. Bien está.

ELENA. Gracias á Dios!

ESCENA V.

Dichas y SOLEDAD que trae una bata al brazo. (Momentos antes el mozo con una bandeja habrá entrado en la habitacion de doña Elena, sin que esta ni su sobrina lo hayan advertido, distraidas en una conversacion.)

SOLEDAD. Señora...?

ELENA. Qué?

SOLEDAD. El chocolate
está servido.

ELENA. Ya voy.

SOLEDAD. Aquí tiene usted la bata...

ELENA. Bien, llévala al tocador.

(Entrase Soledad y vuelve á salir á poco rato.)

Habrá salido don Angel?

(Avanzando hácia el proscenio y hablando consigo misma.)

Hace poco oí su voz
en esta sala... Por eso
sali de mi habitacion...

(Sale Soledad y habla algunas palabras con Aurora que dá muestras de alegría.)

Qué me querrá? Ya hace dias
que ronda á mi alrededor
y me lanza unas miradas
tan expresivas... Y no
es mal mozo... Y muy enérgico...
Debe amar con tal pasion
ese hombre...! Oh! si llegará
á declararme su amor...

SOLEDAD.

Señora...

ELENA.

Eh? *(Volviéndose contrariada.)*

SOLEDAD.

El chocolate

se enfria...

ELENA.

Tienes razon.

Ya se me había olvidado.

Vienes, Aurora?

AURORA.

Ya voy.

Avísame en todo caso *(bajo á Soledad)*
por si no le veo yo.

ESCENA VI.

SOLEDAD.

Pobrecilla! Qué contenta
se puso apénas oyó
que aquí se hallaba su amante!
Luego dirán que el amor
no es la dicha... Hasta sus penas
sirven de satisfaccion!
Pero no, no es cierto... Ah! infame!
Quince dias hace hoy
que te fuiste y no has escrito
ni una carta, ni un renglon
Ah, pillo! en cuanto te coja...

(Oyese dentro la voz de Pepe que pregunta por su amo.)

Pero, calla! Esa es su voz
si no me engaño... Me alegro.
Llegas en buena ocasion.

ESCENA VII.

SOLEDAD, PEPE.

(*Pepe se queda parado en el dintel de la puerta contemplando á Soledad que la vuelve la espalda desde el momento en que aparece.*)

PEPE. Bendesío sea er pare (*Avanzando*)
que te engendró, criatura,
y bendita sea tu mare
y tu grasía y tu hermosura...!
Si paeses... limoná!
de rosas un manojiyo...!
Huy! Qué ganas tengo ya
de cojé er canutiyo,
y libre de las caenas
que impone er servicio fiero
servirte á tí solo, nena...!
Pero no me oyes, salero!

(*Con cariño y acercándose á Soledad.*)

SOLEDAD. Ah! eres tú
(*Volviéndose y con marcada indiferencia.*)

PEPE. Pues no lo ves?

SOLEDAD. Y bien, qué buscas aquí?

PEPE. Cómo! ¡Hablas conmigo?

SOLEDAD. Pues...

PEPE. Pero hablas de veras?

SOLEDAD. Sí.

PEPE. Vaya una guasa que tienes..!

SOLEDAD. De veras, eh? (*Con frialdad é ironía.*)

PEPE. (*Desconcertado*). Pues señó,
me dejas helao.

SOLEDAD. Y vienes
á que te deshiele yo..? (*Animándose*).

Pues te equivocas hermano;

yo no sirvo para terno...

Donde has pasado el verano

puedes pasar el invierno.

PEPE. He estao en Madrid... Ya tú sabes

que pa la averiguacion

de unos negocios mu graves

mi amo me dió comision

y...

SOLEDAD. A qué esas explicaciones?
te las pido yo?

PEPE. Mujé,
si no atiendes á razones...

SOLEDAD. Razones! Y para qué?
Crees que con tu fachenda
y tu hablar cicatero
me la das? Quien no te entienda
que te compre, zalamero.

(*Volviéndole la espalda con desden.*)

PEPE. Pero, acaba esta porfía...
Qué te hecho yo?

SOLEDAD. (*Con indiferencia.*) Nada.

PEPE. Ná?

Pues entonces, arma mia,
no te muestres enojá.
Vuelve esa cara graciosa,
y no ocurtes la sonrisa
de esa boquita de rosa
que er rojo carmin matisa.
Ea! no seas así,
chiquilla... y mírame ya;
que en queriéndome tú á mi
pa qué necesitas má?
Tan seguro como Dios
lo digo, y ya me conoses...
que como Pepe Muños
no se encuentran dos Muñoses:
en cuanto cumpla me caso
y me compro una levosa:
y tú, con Muños der brazo,
serás la Señá Muñosa...
Y ar salir en traje tal
dirán, al ver tanta gala:
Si scrá ese er general
y aquella la generala?

(*Soledad que se habrá sonreido alguna vez al escuchar esta relacion, acaba por reirse y volviéndose á Pepe le dice entre enojada y satisfecha.*)

SOLEDAD. Qué pillo eres...!

PEPE. Resalá!

Bendi... (*Con fuego y queriendo abrazarla.*)

- SOLEDAD. (*Conteniéndole*). Qué?
PEPE. (*Reprimiéndose*). Ná, no hay cuidao...
SOLEDAD. Así me engañas.
PEPE. (*Muy formal*). Verdá.
Mas por qué te has rechiflao?
SOLEDAD. Te parece que está bien
no escribir en dos semanas?
PEPE. Que no te he escrito?
SOLEDAD. No.
PEPE. Quién
lo ha dicho?
SOLEDAD. En vano te afanas...
PEPE. Te juro que te escribí.
SOLEDAD. Será así, mas no te creo.
Dónde está la carta?
PEPE. Aquí.
(*Sacándola del bolsillo y entregándosela*).
SOLEDAD. Y no la echaste al correo...?
(*Cogiendo la carta y mirándola*).
PEPE. No.
SOLEDAD. Qué ocurrencia! Y por qué?
PEPE. Mú sensiyo... Al irla á echá,
vi que no tenía parné
pa los seyos.
SOLEDAD. (*Riendo*). Já, já, já!
Pobre Pepe! Y esa ha sido
la causa...?
(*Guardando la carta en el delantal*).
PEPE. Pues qué creía...?
(*Manifestando extrañeza*).
SOLEDAD. Ausencias causan olvido...
PEPE. Orviarte yo, arma mia!
Pues si pa mí, criatura,
eres tú... la mar salá!
SOLEDAD. Y eso es verdad...? (*Con coquetería*).
PEPE. (*Muy formal*). Es la pura.
Hasemos las pases ya...!
(*Acercándose á Soledad y con acento cariñoso*).
SOLEDAD. Consiento. Pero... qué haces?
(*Al ver que Pepe la abraza*).
PEPE. Pregunta más retrechera...!
Hago las pases...

SOLEDAD. Las paces!
Pues me gusta la manera!
Vamos, basta... (*Procurando desasirse*).
PEPE. Huy! me jündo!
SOLEDAD. Repara que si nos ven...
PEPE. Y qué me importa á mí er mundo!
(*Con fuego. En este momento D. Angel, que habrá salido de su habitacion, le pega un puntapié. Pepe se lleva la mano al sitio dolorido y vuélvese en seguida, pero al reconocer á D. Angel se cuadra y saluda militarmente.*)
Ay! Presente.

ESCENA VIII.

Dichos, D. ANGEL.

ANGEL. Bien, muy bien.
Así cumple usted las órdenes que le doy?
PEPE. (Por vida de...!)
Me atrapó).
ANGEL. Con que es decir que en vez de venirme á ver tan pronto como ha llegado, se entretiene usted en hacer el amor á esta muchacha...?
SOLEDAD. Don Angel, no piense usted...
ANGEL. Yo no pienso nada, niña.
(*Con seriedad y marcado*).
Y tú que traes?
(*A Pepe. Soledad se retira al fondo*).
PEPE. Yo...? Ah, sí...! Pues mire usted: que lo der pleito es cosa... me entiende usted? que está así... vamos *mú* negra, que ya está en poder der jués, y que *drento* é cuatro dias qué digo cuatro! Ni tres tampoco...! Puée que hoy mismo se dé la sentensia.
ANGEL. Bien:
y qué más?
PEPE. (Ya se ha templao).

En cuanto ar mosito aquél
que le pinta la sigüeña
á la niña, me informé,
y, segun he averiguao,
la vieja no le puée ver
porque es sobrino der tio
con quien sigue el pleito. Pues!
Y aunque es sierto que la niña
le tiene, así... argun aquel,
si le vé á usté, de seguro
le dejará por usté...
pues usté vale por cuatro,
qué digo, cuatro! por dies;
y aún por quince pretendientes...
Qué más?

ANGEL.

PEPE.

ANGEL.

PEPE.

Náa: ya acabé.
Bien: toma (*Dándole algunas monedas*).
(*Contándolas*). Cuatro pesetas!
Vengan ahora puntapiés...! (*Al público*).
A este presio los resibo
á miyares.

ANGEL.

Pepe!
(*Con imperio y señalándole la puerta*). (*Pepe saluda á su
amo despues de haber guardado el dinero y se dirige á la
puerta del fondo. Al llegar á esta encuentra á Soledad y
contemplándola un momento, exclama:*)

PEPE.

Olé! (*Váse*).

ESCENA IX.

SOLEDAD, D. ANGEL.

ANGEL.

Acércate aquí, muchacha...
Quieres hacerme un favor?

SOLEDAD.

Si yo puedo, sí señor.

ANGEL.

Es cosa que se despacha
pronto.

SOLEDAD.

Usted me dirá.

ANGEL.

(*Dándole una carta*). Tén.

SOLEDAD.

Una carta!
(*Sacando un bolsillo y dándosele*).

ANGEL.

Y un bolsillo.

Ya ves que esto es bien sencillo...

- SOLEDAD. Ya lo entiendo, ya.
ANGEL. Pues bien:
cuando salga entregarás
esa carta á Doña Elena.
SOLEDAD. Y es eso todo?
(Guardando la carta en el delantal).
ANGEL. Sí, nena:
la entregas y nada más.
Lo harás así?
SOLEDAD. Sí señor.
ANGEL. Cuento pues...
SOLEDAD. Por de contado
ANGEL. No te duermas...
SOLEDAD. No hay cuidado.
Con este despertador..!
(Mostrando el bolsillo y sonriéndose).

ESCENA X.

SOLEDAD luego GASPAS.

- SOLEDAD. Es raro este militar...
pero rumboso, eso sí.
Mas callemos, que hácia aquí
se aproxima Don Gaspar.
GASPAS. Soledad, vengo á saber
si quieres prestarme ayuda.
Podré esperar...?
SOLEDAD. Quién lo duda!
GASPAS. De veras?
SOLEDAD. Qué debo hacer?
GASPAS. Entregar esté billete
(Mostrando uno á Soledad)
en manos de Doña Elena.
SOLEDAD. Eso no vale la pena...
Déme usted (Esto promete).
(Tomando la carta que le alargará Gaspar y guardándola
en el delantal).
GASPAS. Con que quedamos de acuerdo...
SOLEDAD. Sí.
GASPAS. Mucho estimo el favor;
y aunque es de poco valor,
ten: es tan sólo un recuerdo...

(Entregando un objeto á Soledad que le recibe sorprendida y retirándose á su habitacion).

SOLEDAD. Qué será esto? Un guardapelo!
Y es de oro..! Pues no ha de ser!
Qué bonito! Corro á ver
si mi novio me da pelo...

(Corre hácia la puerta del fondo á tiempo que D. Antonio sale de su habitacion).

ESCENA XI.

SOLEDAD, D. ANTONIO.

ANTONIO. Escuche usted, niña airosa.

SOLEDAD. Voy muy de prisa.

ANTONIO. Un momento
nada más.

SOLEDAD. Qué se le ofrece?

ANTONIO. Pedirla un favor deseo.

SOLEDAD. Diga usted.

ANTONIO. Usted querría
encargarse de dar luego
esta carta á Doña Elena?
(Mostrándole una).

SOLEDAD. No hay inconveniente.

ANTONIO. Bueno.

Pues entónces, tenga usted...

(Entregándole la carta)

y esto tambien.

(Sacando del bolsillo una moneda y dándola á Soledad como quien ofrece una gran cosa).

SOLEDAD. *(Mirando la moneda).* Y qué es esto?

ANTONIO. No lo vé usted?

SOLEDAD. *(Estupefacta).* Cuatro cuartos!

ANTONIO. El sello para el franqueo... *(Sonriendo).*

SOLEDAD. Muchas gracias; puede usted
guardarlos... *(Devolviéndoselos).*

ANTONIO. *(Sin admitirlos).* Cómo! Un desprecio!
Pero es verdad... ya olvidaba..!

Falta el cuarto del cartero...

(Sacando con pesar un cuarto del bolsillo y dándosele á Soledad).

Ahí va... Cómo! ¿Tampoco le admite usted?

(*Asombrado al ver que Soledad rechaza la moneda.*)

SOLEDAD. Por supuesto!

ANTONIO. Pues entonces ¿qué pretende usted?

SOLEDAD. (*Con altivéz*). Yo nada pretendo, ni el favor que usted me pide merece nada...

ANTONIO. Bien, pero...

SOLEDAD. Vamos, vamos... tenga usted.

ANTONIO. Gracias, pues. (*Guardando la moneda que con desden le alargó Soledad*). (Esto me encuentro). (*Váse*).

SOLEDAD. Gallego había de ser! No podía ser por ménos siendo pleiteador, roñoso y llamándose Barbeito.

ESCENA XII.

SOLEDAD, ALFREDO.

ALFREDO. La has visto ya? La has hablado? La has dicho que yo me encuentro aquí?

SOLEDAD. Sí.

ALFREDO. Y qué ha dicho? Habla... Desea verme?

SOLEDAD. Si, pero...

ALFREDO. Pero qué...?

SOLEDAD. Que no es ahora muy oportuno el momento. No se separa un instante de su tia.

ALFREDO. Vive el cielo! Discurre, inventa, imagina un recurso...

SOLEDAD. No hallo medio... Pero mire usted.

(*Señalando á Aurora que sale de su habitacion.*)

ALFREDO. (*Reconociendo á Aurora*). Es ella!

SOLEDAD. (Pues Señor, lluevan enredos.)

ESCENA XIII.

Dichos, AURORA.

- AURORA. Alfredo!
(Reconociéndole y corriendo hácia él).
- ALFREDO. Aurora! Bien mio!
- AURORA. Eres tú? Cuánto placer
me causa el volverte á ver...!
- SOLEDAD. *(Dios nos saque de este lio!)*
- AURORA. No me esperaba en verdad
sorpresa tan lisonjera...
Pero ¿qué haces?
- ALFREDO. Espera
un momento... Soledad
*(Dirigiéndose á ésta que habrá ido á ponerse en observa-
cion al lado de la puerta núm. 6.)*
- SOLEDAD. Aquí estoy de centinela... *(Sonriendo)*
- ALFREDO. Tén cuidado...
- SOLEDAD. *(En tono festivo).* No hay temor:
que si ataca el sitiador,
la guarnicion está en vela.
- AURORA. Con que al fin te has decidido..?
(A Alfredo que habrá vuelto á su lado).
Qué dicha!
- ALFREDO. Ducño adorado!
- AURORA. Con que no me has olvidado?
- ALFREDO. Eso pensar has podido?
Crees tú que yo podría
olvidarte, aunque quisiera?
- AURORA. Me amas pues? *(Con amor).*
(Estrechándola entre sus brazos).
- ALFREDO. Niña hechicera!
- SOLEDAD. *(Aparte)* *(Si saliera ahora la tia!)*
- ALFREDO. Desecha de tí ese error
y esos pueriles cuidados,
pronto verás realizados
nuestros ensueños de amor.
- AURORA. Ay, Alfredo! Quiera Dios
que no te engañe el deseo!
- ALFREDO. Dudas?
- AURORA. Que tenemos veo
muy mala estrella los dos.

Conversando con mi tía
de nuestro amor quise hablarla
otra vez, por si ablandarla
con mis ruegos conseguía.
Aún imaginaba yo
persuadirla...

ALFREDO. Y conseguiste?...

AURORA. Nada.

ALFREDO. Con que no desiste
de su propósito?

AURORA. No.

Su prevención hácia tí
continúa. No podremos
recabar nada.

ALFREDO. Y habrémos
de permanecer así?

No. Aurora: de ningún modo.

(Con resolución.)

Esto no puede durar
por más, tiempo y á jugar
voy el todo por el todo.

Hoy mismo hablaré á tu tía
y si me niega tu mano,
verá que mantiene en vano
su ridícula porfía.

Contra empeño tan cruel
ya rebelarse es preciso;
si nos niega su permiso
nos pasaremos sin él.

Tal es mi resolución
Aurora, y si tú me ayudas
en la empresa...

AURORA. Ingrato! Dudas
de mi amor?

ALFREDO. Ah, no!

(Estrechando una mano de Aurora con efusion.)

SOLEDAD. (Llevándose un dedo á los labios.) Chiton!

ALFREDO. Qué es eso? (Volviéndose.)

SOLEDAD. Me parecía

oir...

(Asomando la cabeza por entre las cortinas del cuarto de
doña Elena.)

ALFREDO. Te habrás engañado...
AURORA. Por Dios, Soledad! Cuidado...
ALFREDO. No temas, Aurora mía.
SOLEDAD. No me equivoco, es la tos
de la vieja... Vamos, vamos... (*Asustada.*)
pronto... que viene...
ALFREDO. Quedamos
en eso? (*Tendiendo una mano á Aurora.*)
AURORA. Sí.
ALFREDO. Adios. (*Váse por el fondo.*)
AURORA. Adios.

ESCENA XIV.

AURORA, SOLEDAD, DOÑA ELENA, *que sale de su habitacion profusa y ridiculamente ataviada.*
SOLEDAD. (Válgame Dios, qué elegante!)
(*Aparte y por doña Elena.*)
ELENA. Aurora qué haces aquí?
AURORA. Yo? Nada... (Se fué ya?) (*Bajo á Soledad.*)
SOLEDAD. (Sí.) (*Id. á Aurora.*)
ELENA. Y qué haces tú, aquí delante?
(*Reparando en Soledad.*)
SOLEDAD. Me habla usted á mi?
ELENA. Claro está!
SOLEDAD. Pues traía...
ELENA. (*Impaciente.*) Vamos qué?
SOLEDAD. Estas cartas para usted.
(*Sacándolas del bolsillo del delantal y entregándoselas.*)
ELENA. (Si será...?) (*Alto.*) Idos allá.

ESCENA XV.

DOÑA ELENA.

Cuatro cartas para mí...!
Es extraño... Pero no;
ya caigo...! Son los vecinos...
Sí, eso es. Pero ellos son
tres y las cartas... Salgamos
de dudas, es lo mejor.
(*Va á abrir una de las cartas y se detiene.*)
Ay! Siento aquí, así... un pam! pam!
(*Llevándose una mano al corazon.*)
Es natural; la emocion

y la esperanza... Y despues
hace aquí tanto calor...

(Sentándose en el sofá y abanicándose.)

Pero empezaremos, que es tarde
y el tiempo corre veloz.

(Abre una de las cartas y lee.)

»Resalá de mis entrañas,

»Rosita de Jericó:

»Aquí estoy porque he venío

»á informarme en comision

»de las cosas der *servisio...*»

(Interrumpiendo la lectura.)

Y qué tengo que ver yo...?

(Continuando.)

«Sabrás como á toas horas,

»salero, penando estoy,

»pues er rigor de la ausencia

»me consume er corazon.»

(Deteniéndose.)

Vamos, ya entiendo... Es don Angel

no hay duda... Qué buen humor!

(Prosiguiendo.)

«Mucho aquí te echo de ménos;

»por la noches sobre tóo,

»pues aquel fogon recuerdo

»á cuya vera los dos

»solemos pelar la pava

»miéntra ensiendes er carbon.

»Y aún me acuerdo de la noche

»cuando allí, en er corredor,

»por querer darte un peyisco

»ar lado der corason,

»me largaste una guantá

»que espatarrao me dejó.»

(Deteniéndose indignada.)

Vaya un solemne descaró!

Será esto una burla? Oh!

Pero acabemos... Jesús!

hace aquí tanto calor...! *(Abanicándose.)*

Lee.)

«Tampoco orvio á esa vieja

»que por ahí se queó...

»Hablo é doña Elena sabes?
»de ese horrible culebron
»con más años que una encina
»y más seca que la tos;
»de ese esperpento sin grasia

(*Animándose.*)

»tóo huesos y arrebol,
»que aún quiere haserse la niña
»y hace arrumacos á tóos
»por ver si encuentra un panoli
»que cargue con ella...» Oh!

(*Levantándose indignada.*)

Esto es horrible...! Qué infamia!

Qué descaró tan atroz!

Ay! A mí me vá á dar algo...

Jesús, qué sofocacion!

Pero quiéense habrá atrevido...?

Vamos... «José Muñoz»

(*Leyendo la firma.*)

Ah, qué insulto tan horrible...!

Llamarme á mi culebron!

No puedo más; yo me ahogo...

Soledad! Aurora! (*Gritando*) Oh!

no viene... Favor! Socorro...!

Dios mio! La convulsion...!

(*Cae accidentada sobre la butaca.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ELENA, *accidentada*; AURORA, SOLEDAD: *despues* DON ANGEL, DON ANTONIO, GASPAS Y PEPE *al final*.

AURORA. Llama usted, tía? (*Saliendo de su cuarto.*)

SOLEDAD. (*Asustada.*) Qué es eso?

AURORA. Y se ha desmayado... Oh!

Tía! Tía...! (*Moviéndola.*) No responde...

SOLEDAD. (*Gritando.*) Socorro! Auxilio! Favor!

(*Desde aquí rápido hasta el final.*)

ANGEL. Qué hay...? (*Saliendo de su habitacion.*)

ANTONIO. Qué sucede...? (*Id.*)

GASPAR. Qué ocurre...? (*Id.*)

SOLEDAD. Vea usted. (*Mostrándola á doña Elena.*)

ANTONIO. Válgame Dios!

- GASPAR. Corro por el botiquin...
(*Váse presuroso á su habitacion.*)
- ANGEL. Pepe! Pronto...!Trae el rom...!
(*Viendo á Pepe que habrá salido á las voces y que al oír el mandato de don Angel, entrará en el cuarto de este precipitadamente.*)
- ANTONIO. Doña Elena...? (*Llamándola.*)
- SOLEDAD. (*Moviéndola*) Señorita...?
- AURORA. Tía! No vuelve en sí... Oh! (*Llorando.*)
- ANGEL. No llore usted... eso no es nada...
- GASPAR. (*Saliendo.*) Aquí hay éter y alcanfor
- ANGEL. Venga.
(*Cogiendo uno de los frascos que le alarga Gaspar y haciéndosele aspirar á doña Elena.*)
- PEPE. (*Saliendo.*) (Vaya un rebullisio que se ha armao!) (*Alto.*) Aquí está el rom!
- ANTONIO. Mejor sería llevarla á su cuarto.
- ANGEL. Eso es mejor.
- GASPAR. Pues no perdamos más tiempo don Angel, usted y yo...
(*Indicándole le ayude y disponiéndose á levantar la butaca donde se halla doña Elena.*)
- ANGEL. Tú! Ayuda aquí... (*A Pepe.*)
- PEPE. Vaya, pues...
(*Don Angel, Gaspar y Pepe levantan la butaca y seguidos de los demás, se ponen en movimiento, dirigiéndose á la habitacion de doña Elena.*)
- En marcha la procesion.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD, PEPE.

PEPE. Y esa jembra, esta mejor?
Se le pasó er berrenchin?

SOLEDAD. Ya está como si tal cosa
y há rato que por ahí
anda ya refunfuñando
y gruñendo más que mil.

PEPE. No has armado mala gresca!
Podía yo presumir
que fuese á parar mi carta
á sus manos? Sólo á tí
te se ocurre una tontera
semejante.

SOLEDAD. Pero...

PEPE. En fin:
dejemo eso ya y hablemo
de lo que me trae aquí.

SOLEDAD. Acaso tu amo..!

PEPE. Cabales.
Él es quien me hase venir,
y me ha dicho verbarmente
que me enterara por tí
de si podrá Doña Elena
resibirle á luego.

SOLEDAD. Al fin
se decide...?

PEPE. Ya lo creo!

Se le metió en la chichi
y ni el demonio mesmísimo
se lo saca der magin.
Casarse! Has visto que bruto?
(*Con convicción*).

SOLEDAD.

Y me lo cuentas á mi?

Muchas gracias...

PEPE.

(*Aparte*). (Que te escurres,
chavó!) Mujé... yo, al desir
(*Procurando enmendar su torpeza*)
eso, hablaba por mi amo.

SOLEDAD.

Por tu amo!

(*Haciendo una cruz con los dedos*).

PEPE.

Mira! Y di

qué le contesto?

SOLEDAD.

Que puede
dentro de un rato venir,
que mi señora le espera...
Mas no le auguro un feliz
resultado.

PEPE.

Y por qué eso?

SOLEDAD.

No tiene que discurrir
mucho. Darle ella la mano
de su sobrina! Sí, sí!
Si fuera la suya!

PEPE.

Cómo!

Qué dises?

SOLEDAD.

Qué he de decir?

Que tu amo la ha flechado...

PEPE.

Sape!

SOLEDAD.

(*Riendo*). Que le ha hecho tilin.
Vaya! Y aún creo que tiene
sus proyectos... Si, hombre, sí.

PEPE.

Esa vieja está *guillatis*.

SOLEDAD.

Excusado es añadir
que si él quiere...

PEPE.

Quién mi amo,
cargar con ese perfil?

SOLEDAD.

No es tan fea... (*Con sorna*).

PEPE.

Vamos, hombre...
si paese una lombris
en ayunas!

- SOLEDAD. Pues con la otra
será inútil insistir.
- PEPE. Pero hablando de otra cosa...
Marchareis pronto á Madrid?
- SOLEDAD. No lo sé aún á punto fijo.
- PEPE. Pues mira lo siento.
- SOLEDAD. Si?
- PEPE. Ya ves, nosotros mañana
hemos de marchar, y ar fin
tú aquí y yo allí... me comprendes?
- SOLEDAD. Y eso te dá que sentir?
- PEPE. En tanto que tú no vayas
estaré ausente de tí,
y ausente de tí, arma mia,
paso yo las de cain.
- SOLEDAD. Qué has de pasar, embustero,
trapalon!
- PEPE. Vaya que sí.
Po fortuna ya bien poco
me farta para cumplir;
y en disiendo que yo tome
la lisensia por Abril,
nos amarran er pescueso
y Jesú...!
- ELENA. (Dentro) Soledad?
- SOLEDAD. Psit!
- (A Pepe y corriendo hácia la puerta de la habitacion de
Doña Elena y mirando por entre las cortinas.)
- PEPE. Qué es eso?
- SOLEDAD. Véte!
- PEPE. (Acercándose á Soledad). Pero oye...
- SOLEDAD. No que la siento venir... (Asustada).
- ELENA. Soledad? (Dentro y con más fuerza).
- SOLEDAD. Escapa!
- (Con agitacion á Pepe que huye precipitadamente al cuar-
to de D. Angel.)
- Voy
señora
(Alzando la voz y afectando dirigirse al cuarto de Doña
Elena á tiempo que esta sale del mismo, profusa y ridícu-
lamente ataviada).

pues! al primer zascandil
que se presenta...

SOLEDAD. (Ofendida.) Yo!
ELENA. (Con maliciosa sonrisa.) Vaya!
Ya sabemos por aquí
cómo las gastas...

SOLEDAD. Señora!
tenga usted la lengua y...
y no me insulte, pues eso
no se lo he de consentir.
Qué vió usted en mi conducta
para maltratarme así?
Es delito amar á un hombre
que puede hacerme feliz?
Pobre soy! Mas soy honrada...
que harto sé, triste de mí!
lo que á mí misma me debo...
Cuántos no podrán decir (Con intencion.)
otro tanto y se las echan
de severos...! Pero en fin;
mejor será que me calle,
pues si yo fuera á decir...

ELENA. Decir de mí, bachillera!
Y qué dirías de mí?
Vamos, habla... (Con agitacion.)

SOLEDAD. (Con sorna.) No: podría
darle á usted otro berrenchin.

ELENA. Insolente! Descarada!
Sal al momento de aquí!

SOLEDAD. Sí señora, si; al instante.
Pero la debo advertir
que busque usted desde ahora
quien la sirva.

ELENA. Cómo!

SOLEDAD. Sí;
me marchó. He visto bastante
y no quiero ver el fin.
Y, sépalo usted, me marchó
porque no quiero sufrir
á una mujer tan injusta,
tan severa, tan hostil,
tan presumida, tan rara,

tan gazmoña y tan ruin
como usted, aunque me dieran
las minas del Potosí. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA III.

DOÑA ELENA.

Atreverse de ese modo...!
Qué descaro tan atroz!
Mas no debo incomodarme
ni dar rienda á mi furor,
que más dulces sentimientos
agitan mi corazón.
(*Siéntase en el sofá.*)
Puede haber mayor ventura?
Verse objeto del favor
de unos hombres tan cumplidos
como mis vecinos son! (*Pausa.*)
Don Angel es muy enérgico;
muestra un fuego y un ardor...
Qué hombre, Dios mio, qué hombre!
Debe amar con tal pasión...
Don Gaspar, sencillo y tierno,
presta un encanto á su amor...
Qué suavidad! Qué dulzura!
Pues? y don Antonio? Oh!
ese es un pozo de ciencia...
Un Voltaire, un Salomon!
No sé por cuál decidirme...
los tres son á cual mejor
y veo que entre los tres
es difícil la elección.
Qué suerte! Tres en un día!
Vamos, cuando quiere Dios...

PEPE.

(*Hablando con don Angel que sale de su habitacion y parece
comunicarle alguna orden.*)

ANGEL.

PEPE.

Pues andando.

Andando voy.

(*Váse por el fondo.*)

ESCENA IV.

DOÑA ELENA, DON ANGEL.

ELENA. Don Angel! Usted aqui? (*Con amabilidad.*)
ANGEL. Señora... (*Acercándose á ella y saludándola.*)
ELENA. (*Y se acerca... Oh!*)

Calla, corazon sensible,
no aumentes mi turbacion!

ANGEL. Se pasó ya el arrebató?

ELENA. Sí tal, me encuentro mejor.

ANGEL. Crea usted que tengo en ello
una gran satisfaccion.

ELENA. De veras? (*Con coquetería.*)

ANGEL. Si

ELENA. (*Suspirando.*) Ay!

ANGEL. (*Con marcado interés.*) Qué ocurre?

ELENA. Nada, suspiro... (*Mirándole amorosamente.*)

ANGEL. Crei...

ELENA. No...

no es nada... (*Ah, este hombre es
más amable que Neron!*)

Pero tome usted asiento...

ANGEL. Gracias.

(*Sentándose en una butaca al lado de doña Elena.*)

Pues, señora, yo
soy militar; es decir,
que soy más claro que el sol.
Poco amigo de rodeos
voy derecho á la cuestion,
porque creo que el más corto
es el camino mejor.

A qué viene perder tiempo?

No es verdad?

ELENA. Ay! Si, señor.

ANGEL. Suspira usted ó le ocurre
alguna cosa...?

ELENA. No, no...

Ya puede usted cuando guste
seguir la conversacion.

ANGEL. Corriente. Pues bien, señora,
al escribir á usted hoy,

he cedido al violento
impulso de una pasión.
Sí, doña Elena; ya es fuerza (*Animándose*)
que usted lo sepa... El amor
que le profeso...

ELENA. (*Afectando ruborizarse.*) Don Angel!

ANGEL. Qué, señora?

ELENA. Ay!

(*Suspirando y mirando amorosamente á don Angel.*)

ANGEL. (*Aparte é impacientado ya.*) (Voto á bríos!)
(*Alto.*) Si ha suspirado usted ya
bastante...

ELENA. Sí; sí, señor.

Prosiga usted.

ANGEL. Continúo.

ELENA. (Calla, calla corazón!)

ANGEL. Inútil fuera ocultarlo,

lo confieso sin rubor...

Este amor ha trasformado

mi ser y mi condicion,

de tal suerte, que yo mismo

no me conozco; pues yo

que no he conocido el miedo,

que ignoro lo que es temor,

tiemblo al pensar solamente

que recibir puedo un no.

Pero ya estoy decidido:

y es tal mi resolucion,

que ó logro un sí de esos lábios

ó me pierdo...

ELENA. (*Vivamente.*) Ah! No por Dios!...

ANGEL. Puedo, pues, una esperanza
abrigar...?

ELENA. Don Angel, yo...

ANGEL. Qué? Diga usted...

ELENA. ¡Ay, don Angel!

ANGEL. Doña Elena, en conclusion,
me concede usted su mano?

ELENA. (Qué apuro! Y los otros dos?)

ANGEL. Acaso no seré digno...?

ELENA. Puede usted dudarle?

ANGEL. No.

Mas como observo el silencio
que guarda usted...

ELENA. La emocion...

Luego, usted va tan deprisa...

ANGEL. A marchas dobles.

ELENA. Y yo

resistir ya más no puedo

tan halagüeña pasión.

Disponga usted de esta mano...

(*Alargándosela.*)

ANGEL. De cuál? (*Sorprendido.*)

ELENA. Quiere usted las dos?

Tómelas, pues. (*Ofreciéndoselas.*)

ANGEL. (*Con seriedad.*) Doña Elena,

me ha entendido usted?

ELENA. (*Amorosamente.*) Pues no!

No ves en mi rostro el júbilo

que embarga mi corazón?

ANGEL. Por vida de San Lupericio! (*Riendo.*)

Cuando le decía yo

que no me había entendido...?

ELENA. Cómo? Qué! (*Sorprendida.*)

ANGEL. Que mi pasión

no es por usted.

ELENA. (*Confusa.*) Pues entonces...

ANGEL. Señora, á quien amo yo

es á Aurora.

ELENA. A mi sobrina!

ANGEL. La misma.

ELENA. Qué humillacion!

ANGEL. Doña Elena...

ELENA. Habráse visto

iniquidad más atroz!

Ay! A mi me vá á dar algo...

Jesús, qué sofocacion!

ANGEL. Señora, usted se sofoca

muy pronto...

ELENA. Ingrato! Traidor!

Pérfido! Así me desprecias?

(*Ap.*) (Pero no suplico; no.

Si este se me escapá, aún

me quedan los otros dos.)

- Y ha podido usted pensar
que iria á conceder yo
la mano de mi sobrina
á un tipo como usted?
- ANGEL. *(Ofendido y con rabia.)* Oh!
ELENA. Un jóven de cincuenta años!
Vea usted qué proporción!
ANGEL. Doña Elena...!
(Levantándose y con acento amenazador.)
ELENA. *(Levantándose)* Pobre Aurora!
Casarse...! Jesús qué horror!
(Señalando con desprecio á don Angel.)
ANGEL. Doña Elena, usted me insulta...!
(Trémulo de ira y apretando los puños.)
y sepa usted vive Dios!
que cuando mi honor ultrajan
no distingo condicion,
sexo, ni respeto humano...
- ELENA. Acaso le insulto yo?
ANGEL. Usted me ha llamado viejo...!
ELENA. Y no es cierto?
ANGEL. *(Con ira.)* No señor.
ELENA. De todas maneras, tiene
gracia la tal pretension.
Casarse con mi sobrina! *(Riéndose.)*
ANGEL. Con usted casarme yo!
Primero me hacia fraile!
ELENA. No es delicado el señor...!
Quiere á Aurora!
ANGEL. Y será mia.
ELENA. Lo que es eso sí. *(Con sorna.)*
ANGEL. Que nó?
Lo veremos.
ELENA. *(Con ironía.)* Vaya!
ANGEL. *(Furioso.)* Y quién
lo impedirá? Vive Dios!
usted?
ELENA. Yo, sí.
ANGEL. *(Fuera de sí.)* Usted es ménos
que nada en esta ocasion.
Mala pécora!
ELENA. Insolente!

ANGEL. Señora!
(*Dando un paso hácia doña Elena.*)

ELENA. Alborotador!

ANGEL. (Dios me tenga de su mano
(*Conteniéndose.*)

porque la cojo si nó
y la retuerzo el pescuezo
como á un pollo... ira de Dios!)
Ya nos veremos las caras.

(*Alto y con gravedad á doña Elena.*)

ELENA. Cuando usted guste, aquí estoy.

ANGEL. (Hoy va á arder el Universo!)
(*Retirándose.*)

ELENA. (Ay amor, amor, amor!)

(*Sentándose con abatimiento en el sofá.*)

ESCENA V.

DICHOS, GASPAS.

GASPAR. Hola! Usted aquí...? Pero, hombre,
á dónde va tan veloz?

(*Con amabilidad á don Angel, y al ver que este se dirige precipitadamente y sin hacerle caso á su habitacion.*)

ANGEL. Al infierno!

GASPAR. (*A media voz.*) Buen viaje!

ANGEL. Qué murmura usted? Qué...?

(*Volviéndose con aire amenazador.*)

GASPAR. (*Atemorizado.*) Yó...?
Nada...

ANGEL. Rayos!

(*Lanzando una mirada iracunda á Gaspar y retirándose.*)

GASPAR. (Vaya un génio!)

Está loco? (*Dirigiéndose á doña Elena.*)

ELENA. Si señor,
de remate.

GASPAR. (*Alzando la voz.*) Qué insolente!

Merecia una leccion!

ELENA. No haga usted caso. (*Ap.*) (Este chico
es más valiente que Job.)

Pero ahora que recuerdo...

cuán olvidadiza soy!

Usted deseaba hablarme

no es cierto?

GASPAR. En efecto, yo...

ELENA. Pues si es ese su deseo
nunca mejor ocasion.
Siéntese usted...

GASPAR. Muchas gracias
(*Sentándose al lado de doña Elena.*)

Al fin, señora, llegó
el venturoso momento
que ansiaba mi corazón.
Usted leyó mi cartita...?

ELENA. Oh! sí tal.

GASPAR. De verás? Oh!

Y, qué tal le ha parecido?

ELENA. Todo un poema de amor.

Hay en ella tal encanto,
tal dulzura y expresion...!

GASPAR. Usted, señora, me colma
de inmerecido favor.
mas, ante todo, es preciso
que sepa usted quién soy yo.

Soy rico... y con esto está
dicho todo. Pero voy
á darle algunos detalles
que me retratan mejor.

(*Todo este diálogo cuidará de decirse con cierta volubilidad
y abandono que hagan resaltar el carácter frívolo y lige-
ro de este personaje.*)

Desciendo de noble alcurnia;
es mi apellido Quirós;
mi educacion, la del día,
y mi porte *comm'il faut*.
No uso traje que no sea
de Esteller ó Pescador,
las botas son de Cayatte,
las camisas de Dubosc,
y me surte de sombreros
Villasante... Ah! es de rigor.
Por lo demás, bien sabidos
mi vida y mis actos son.
Me desayuno en la cama
y me levanto á las dos...

Almuerzo, me visto y salgo
un rato á tomar el sol...
Tomo un pastelillo en Lhardy,
hago una visita ó dos,
como, me acicalo, y luego
voy al Real ó al Español
donde, desde un palco, escucho
el resto de la funcion.
Despues voy á la soirée
de la de A ó la de O;
allí se murmura un rato...
bailo un vals ó un rigodon,
me marcho luego, me acuesto
y hasta que amanece Dios.
Ah! El que cual yo vive y piensa
es feliz...! Testigo yo
y otros cien que parecemos
cortados por un patron.
En nada pienso, y de nada
me ocupo... No hablo por hoy
que sólo pienso en casarme...
Siempre es una ocupacion...

ELENA.

(*Sonriendo.*)

GASPAR.

Y podré alcanzar la dicha
que anhelo?

ELENA.

Don Gaspar, yo...
qué he de decirle...? Confieso
que me halaga esa pasion,
pero... usted lleva las cosas
tan deprisa...

GASPAR.

Y cómo no
cuando de amor enloquezco,
cuando me abraso de amor...?

ELENA.

Ah, don Gaspar! Es usted
muy fogoso...

GASPAR.

Que si soy?
Ya ve usted, veintidos años
tengo no más...

ELENA.

Veintidos!

Sí que es poco...

GASPAR.

Será eso
obstáculo?

- ELENA. No señor.
Pero y si luego se cansa
usted y...
- GASPAR. Cansarme yo!
- ELENA. No en valde pasan los años
- GASPAR. Bah!
- ELENA. Piénselo usted...
- GASPAR. Estoy
resuelto.
- ELENA. (Ya es mio.)¡
- GASPAR. Acaso
se hace viejo el corazon?
- ELENA. Ah, no!
- GASPAR. Usted misma lo dice
y usted es voto
- ELENA. Quién, yo,
y por qué?
- GASPAR. Porque á sus años
se ven las cosas cual son.
- ELENA. Cuántos me hace usted...
- GASPAR. (Qué apuro!)
Cincuenta...?
- ELENA. No, treinta y dos...
Pero á qué hablar de los años
y sacar mi edad al sol
cuando usted mi mano pide?
- GASPAR. La de usted! Nunca; yo, no...
(Espantado.)
- ELENA. Pues de quién hablaba usted?
- GASPAR. Yo? De Aurora; de ese sol
que me alienta é ilumina
por donde quiera que voy
- ELENA. Usted sueña, don Gaspar...
(Con ironía.)
- GASPAR. Si acaso será de amor.
- ELENA. Casarse usted con Aurora!
- GASPAR. Sí señora, y por qué no?
- ELENA. Es usted aún muy pequeño.
(Con desprecio.)
- GASPAR. Ya me irá haciendo mayor...
- ELENA. Y piensa usted que he de dársela
á un trasto como uste?
- GASPAR. (Levantándose indignado.) (Oh!)

Señora, usted será el trasto...
y dispense la expresion

ELENA. Atrevido! (*Levantándose.*)

GASPAR. Doña Elena!

ELENA. Tiene gracia como hay Dios!
Casarse este mequetrefe!

GASPAR. No le causa á usted rubor?
Más debiera á usted causarle
su estúpida pretension.

Vaya una ganga! (*Riendo.*)

ELENA. Insolente!

GASPAR. Ahora me explico el humor
de don Angel... Hubo acaso
con él otro *quid pro quo*?

ELENA. Cuidado con insultarme!

GASPAR. Yo? No hayo tal

ELENA. Si, señor

GASPAR. Usted me falta al decoro,
Usted á mí me faltó
primero.

ELENA. (*Con desprecio.*) Y quién es usted?

GASPAR. Señora! (*Ofendido.*)

ELENA. (*Con orgullo.*) Yo tengo *Don*!

GASPAR. Será *Doña*! (*Burlándose.*)

ELENA. Deslenguado!

GASPAR. Lengua larga!

ELENA. Esto es atroz

Salga usted de aquí!

GASPAR. (*Conteniéndose.*) Si, creo
que eso será lo mejor.)

No quiero que al fin termine
de mal modo esta cuestion.)
A los piés de usted, señora...

ELENA. Vaya usted mucho con Dios!

(*Con desprecio.*)

GASPAR. (Trataba de seducirme!)

(*Aparte al público y retirándose luego á su habitacion.*)

ELENA. (Ah, engañadora ilusion!)

(*Dejándose caer con muestras de abatimiento en el sofá.*)

ESCENA VI.

DOÑA ELENA, DON ANTONIO

ANTONIO. Usted me dá su licencia...? (*Avanzando.*)

ELENA. Sí señor...

(*Reponiéndose al reconocer á don Antonio y con extremada amabilidad.*)

ANTONIO. Tanta merced...

(*Estrechando la mano que le habrá tendido doña Elena.*)

ELENA. Qué no se merece usted,
archivo fiel de la ciencia...?

ANTONIO. Yo? Bah! Y qué tal?

(*Afectando una exagerada modestia y dirigiéndose despues á doña Elena con amabilidad.*)

ELENA. Pche...! Así, así...

no estoy peor por ahora...

ANTONIO. Mucho me alegro, señora.

ELENA. Gracias.

ANTONIO. Mas torpe de mí.

Lo primero, es lo primero...

(*Llevándose la mano al bolsillo del gaban.*)

Ya me olvidaba de darle,

y podría interesarle,

una carta que el portero

me ha entregado para usted...

(*Palpándose los bolsillos.*)

Caramba! Dónde estará...?

Si la habré perdido...? Ah!

Ya sé donde la dejé.

(*Encaminándose á su habitacion.*)

ELENA. Y va usted á molestarle
ahora? Qué tontería!

ANTONIO. Quién despues la encontraria
si llegará á extraviarse?

Al momento estoy aquí... (*Váse*)

ELENA. Lo tendré á mucho favor.

ESCENA VII.

DOÑA ELENA.

Ya casi abrigo el temor
de que no venga por mí.
Pero si un tercer fracaso

mi corazon se recela,
procediendo con cautela
evitaré otro mal paso. (*Pensativa.*)
Sí, eso es... le dejaré
que dé á sus ideas curso...
yo seguiré su discurso
y segun vea obraré.
Aún abrigo confianza...
cierto que ya tiene edad;
pero esta misma verdad
fortalece mi esperanza.
Cómo ha de sentir amor
por una niña!... Veremos.
Con todo, no confiemos
que es de cuerdos el temor.

ESCENA VIII.

DOÑA ELENA, DON ANTONIO

ANTONIO. Aquí está ya... Esta es

ELENA. Mil gracias

(*Cogiendo la carta que le alarga D. Antonio.*)

ANTONIO. Lea usted, yo
volveré luego...

ELENA. - Nó, nó...

ANTONIO. Pero...

ELENA. Tiempo habrá después.

(*Guardando la carta en el bolsillo de su vestido.*)

Usted deseaba hablarme,
no es cierto?

ANTONIO. Efectivamente:
pero temo, francamente,
molestarla...

ELENA. Molestarme!

Oh, no! En ninguna ocasión.

(*Indicándole tome asiento á su lado.*)

ANTONIO. Siendo así...

(*Sentándose al lado de doña Elena.*)

Le advierto que es
cosa de mucho interés...

ELENA. Escucho con atencion.

(*A don Antonio que despues de toser con afectacion, dice
con voz grave.*)

ANTONIO.

Señora, yo soy letrado.

ELENA.

Por muchos años.

ANTONIO.

(*Inclinándose.*) Amen.

Y siempre he salido bien
en los pleitos que he abogado.
Le aseguro que mi nombre
es en el foro temible
y me llaman «El Terrible,»
señora, por sobrenombre.
Defiendo el contra y el pró
con singular elocuencia
y sé más Jurisprudencia
que el mismo que la inventó:
que aparte de mis negocios,
ufano lo manifiesto,
he comentado «*El Digesto*»
y el «*Fuero Juzgo*» en mis ocios.
Motivo hago de litigio
cuanto el derecho reclama,
y así se aumenta mi fama,
y acrecienta mi prestigio.
En fin, soy un abogado
reconocido *onmes gentes*,
y gozo entre mis clientes
nota de probo y honrado.
Esto, unido á mi riqueza,
que no es á fé despreciable,
me hace... un partido aceptable...
es así ó nó? Con franqueza...

ELENA.

Soy de su misma opinion.

ANTONIO.

Yo lo celebro, señora,
pues más alentado ahora
expondré mi peticion.
Señora, yo siempre he sido
de la ciencia apasionado
y á su culto consagrado
feliz hasta hoy he vivido;
pero hoy, con hondo pesar,
he notado en mi existencia
un vacío, que la ciencia
no alcanzaria á llenar.
En vano con mi desseo

lucho... más fuerte que yo
el amor...

ELENA. Ama usted?

ANTONIO. ¡Oh!

con vehemencia...

ELENA. Y bien... No creo

que la ciencia lo repruebe...

ANTONIO. No es severa hasta ese extremo

pero...

ELENA. ¿Qué teme usted?

ANTONIO. Temo

que usted mi escrito no apruebe.

Y si en este pedimento,

obra de un gusto ejemplar,

decretase *un no ha lugar*,

tendría un gran sentimiento.

Pero...

ELENA.

ANTONIO. A usted le toca ahora

decidir sobre mi suerte,

y entre la vida y la muerte

su fallo espero, señora.

Si; mi triunfo ó mi condena

dependen de un sí ó de un no

de esos labios...

ELENA. Cómo! Yó?

no adivino...

ANTONIO. Ah, doña Elena!

(*Como reconviniéndola por su fingida torpeza.*)

Pues bien; yo quiero casarme...

mas con Aurora ha de ser,

y amante vengo á saber

si usted se digna aceptarme.

Con Aurora!

ELENA.

ANTONIO. Claro está

ELENA. Vaya, vaya, don Antonio... (*Con ironía.*)

Usted es el mismo demonio...!

ANTONIO. No comprendo... (*Turbado.*)

ELENA. (*Riendo y levantándose.*) ¡Já, ja, já!

Usted se ha mirado bien...?

ANTONIO. Repito que no comprendo... (*Levantándose.*)

ELENA. Vamos, si esto es estupendo...!

ANTONIO. Y por qué? (*Amostazado.*)

- ANTOTIO. Por última vez.
me concede usted la mano
de Aurora?
- ELENA. A usted? A un hospiciano
primero, á un moro de Fetz!
- ANTONIO. Se acordará usted de mí.
- ELENA. Yo de usted, santo varon...
- ANTONIO. Doña Elena! (*Con acento amenazador.*)
- ELENA. Don Melon!
- ANTONIO. Esto más?
- ELENA. Eso más, si.
- ANTONIO. Le juro á fe de Barbeito
que no he de mostrarme escaso...
- ELENA. Piensa usted que le hago caso?
(*Con desden y volviéndole la espalda.*)
- ANTONIO. Si...? Pues pleito, pleito y pleito.
(*Furioso y retirándose luego á su habitacion.*)

ESCENA IX.

DOÑA ELENA, despues ALFREDO.

- ELENA. Ah, cuán desgraciada soy!
Ya el amor de mí se aleja
yhuye... dicen que soy vieja...!
Lo que va de ayer á hoy!
Ayer codiciada fui...
Hoy, sufro mil desengaños...!
Será verdad que los años...
- ALFREDO. Doña Elena? (*Saludándola.*)
- ELENA. Usted aquí!
- ALFREDO. Sí, señora: antes de dar
el paso que dar medito,
hablar á usted necesito
por si se puede evitar
- ELENA. Piensa usted intimidarme?
- ALFREDO. No ha sido tal mi intencion
- ELENA. Pues ya mi resolucion
conoce usted, y el hablarme
es inútil.
- ALFREDO. Su rigor
lleva usted hasta el exceso...
- ELENA. No hablemos más. (*Con sequedad.*)

ALFREDO. Segun eso
persiste usted...
ELENA. Si, señor.
Nada hará que me desdiga
ALFREDO. Piense usted...
ELENA. (*Con aspereza.*) Hemos concluido.
ALFREDO. Bien está: usted lo ha querido
ELENA. Cómo! (*Volviéndose.*)
ALFREDO. Usted es quien me obliga
á usar de medios extremos...
ELENA. Ojga! (*Mofándose.*)
ALFREDO. (*Con entereza.*) Acudiré á la ley.
ELENA. En mi casa soy yo el rey (*Con atreviz.*)
lo entiende usted? (*Váse.*)
ALFREDO. Lo veremos.

ESCENA X.

ALFREDO.

Con que se obstina usted? Bien.
Esto en mi idea me aferra.
Quiere usted guerra? Pues guerra...
Veremos quién vence á quién.
Del paso conciliador.
que he dado, tal mofa hacer...!
Ah! Si en vez de ser mujer
fuera un hombre...!

(*Amenazando con el ademán hácia el cuarto de doña Elena; don Angel que habrá estado escuchando la anterior escena oculto detrás de las cortinas de su habitacion, se adelanta y tocando ligeramente á Alfredo en un hombro, le dice.*)

ANGEL. Servidor.

ESCENA XI.

ALFREDO, DON ANGEL.

ALFREDO. Qué se le ofrece? (*Volviéndose sorprendido.*)
ANGEL. Al instante
va usted á verlo.
ALFREDO. Muy bien.
ANGEL. Usted sabe quién soy yo?

- (*Mirando fijamente á Alfredo.*)
ALFREDO. No (*Con indiferencia*)
ANGEL. Ya se conoce. (*Con orgullo.*)
ALFREDO. Qué?
ANGEL. Digo que ya se conoce.
ALFREDO. Señor mio!
(*Ofendido por el tono de don Angel.*)
ANGEL. Escuche usted.
Yo no sufro ancas de nadie...
estamos?
ALFREDO. Hace usted bien.
ANGEL. Jóven...!
(*Con dramática entonacion.*)
ALFREDO. (Pensará arredrarme?)
ANGEL. Ahora, contésteme usted.
ALFREDO. Eso será si yo quiero (*Con firmeza.*)
ANGEL. Quiera usted. (*Con imperio.*)
ALFREDO. (*Sonriendo.*) Queremos, pues.
(Quién será este ente?)
ANGEL. Usted ama
á Aurora?
ALFREDO. Bien puede ser;
pero eso á usted no le importa.
ANGEL. Con que es cierto...? Choque usted...
(*Tendiendo una mano á Alfredo que la estrecha maquinalmente.*)
No hablemos más del asunto.
ALFREDO. (La calma empiezo á perder...)
Bien: pero usted ¿qué pretende?
ANGEL. Que qué pretendo? Pardiez!
Pues no ve usted que me estorba
y que al estorbarme... Pues!
(*Haciendo ademan de tirar una estocada.*)
O bien un pistoletazo
y acabamos de una vez.
ALFREDO. Vamos, usted está loco...!
ANGEL. Loco yo! Pero está bien. (*Conteniéndose.*)
Elija usted armas.
ALFREDO. Armas?
ANGEL. Sí, vamos... elija usted... (*Con impaciencia.*)
ALFREDO. Hombre, déjeme usted en paz (*Impacientado.*)
y no me venga á romper

- la cabeza.
- ANGEL. Eso pretendo.
- ALFREDO. Y acaso ha pensado usted
que soy manco...?
- ANGEL. Manco, no:
cobarde, bien puede ser.
- ALFREDO. Vive Dios!
- ANGEL. Lo dicho, dicho.
- ALFREDO. Oh! si no mirara que...
- ANGEL. Qué haría usted? Qué? Qué haría?
(*Aproximándose á Alfredo y provocándole con el gesto, la voz y el ademán.*)
- ALFREDO. Qué? (*Conteniéndose á duras penas.*)
- ANGEL. Sí, qué?
(*Acercándose aún más y provocándole nuevamante.*)
- ALFREDO. (*Dándole una bofetada.*) Véalo usted
(*Váse por el fondo.*)

ESCENA XII.

DON ANGEL.

Qué es esto, señor? No veo...
Úf! Se me va la cabeza... (*Tambaleándose.*)
Siento un escozor aquí...
(*Llevándose la mano á la mejilla.*)
y una cosa que hormiguea...
Mil rayos! Mas no... imposible!
No hay quien á tantose atreva...
Pero sí... sí... aún el paf!
en mis oídos resuena...
Ha sido una bofetada!
No hay duda, no; y de las buenas.
Cien fuegos, te han santiguado!
Te han santiguado!... Oh vergüenza!
Pero no quedará impune
por el infierno! esta ofensa,
pues será tal mi venganza
que haga estremecer la tierra.
(*Dirigiéndose furioso á su habitación.*)

ESCENA XIII.

DON ANGEL, GASPAS, *que sale de su habitacion.*

GASPAR. Ahora sí que puede usted (*Riendo*)
decir que allá donde ménos
se piensa salta la liebre...

ANGEL. Qué? (*De mal talante.*)

GASPAR. Vaya un atrevimiento!

ANGEL. El de quién? (*Haciéndose el desentendido.*)

GASPAR. (*Riendo.*) El de ese jóven...
Y me ha extrañado por cierto
que no haya usted contestado...

ANGEL. A qué?

GASPAR. Al recibir...

(*Con malicioso ademan.*)

ANGEL. (Mil truenos!)

Conque usted ha visto...?

GASPAR. Todo.

ANGEL. Y se atreve? vive el cielo! (*Furioso*)

á decírmelo en mis barbas...?

No sabe usted lo que ha hecho.

Elija usted armas.

(*Don Antonio que va á salir de su habitacion, se detiene
ocullándose detrás de las cortinas de la misma.*)

GASPAR. ¡Cómo!
armas...? Don Angel, no creo
que hay motivo...

ANGEL. Si; armas, armas...
me entiende usted?

(*Moviéndole rudamente.*)

GASPAR. Pero...

ANGEL. (*Como tomando una resolucion.*) Bueno.

Ya nos veremos despues...

Entre tanto, guarde usted eso.

(*Dándole un bofeton y entrándose en su aposento.*)

ESCENA XIV.

GASPAR, DON ANTONIO.

GASPAR. Mis floretes! Mis pistolas! (*Fuera de sí.*)

En guardia! Matarle quiero!

ANTONIO. Pobre jóven! (*Saliendo.*)

- GASPAR. (*Volviéndose encolerizado.*) Cómo! Qué quiere usted decir con eso?
- ANTONIO. Desde allí lo he visto todo
(*Señalando el sitio.*)
y crea usted que lo siento.
- GASPAR. (Oh!) (*Aparte y apretando los puños.*)
- ANTONIO. La inexperiencia, jóven,
produce lances muy sérios.
Lo acontecido demuestra
que no es usted muy experto,
que aún tiene usted poco mundo...
y voy á darle un consejo.
Créame usted, no se meta
donde no le llaman.
- GASPAR. Bueno.
Pues para que vea usted
hasta qué punto el consejo
es prudente y acertado,
y comprenda al mismo tiempo
que el que le conoce debe
aplicarle á sí primero...
tenga usted...! (*Dándole una bofetada*)
- ANTONIO. Ay! (*Llevándose las manos.*)
- GASPAR. No se meta
donde no le llaman.
(*Entrase en su habitacion.*)
- ANTONIO. (*Furioso y gritando.*) Pleito!

ESCENA XV.

DON ANTONIO.

Pegarme á mí! A un abogado
doctor en ambos derechos...!
No sabes lo que es la curia?
Pobrecito! Ya estás fresco!
Pleito, pleito; no transijo...
Aquí ya no cabe arreglo.
Mañana... no, hoy... ahora mismo
voy á hacer el pedimento.

ESCENA XVI.

DON ANTONIO y PEPE, que sale como buscando á su amo.

PEPE. Como no esté en su aposento...

Don Antonio, ¿sabe usted
(Reparando en don Antonio.)
aonde está mi amo?

ANTONIO. (Sin hacerle caso.) No sé.

PEPE. No? pues mire usted, lo siento
Voy á ver...

(Encaminándose al aposento de don Angel.)

ANTONIO. (Afectado todavía.) Pegarme á mi...!

PEPE. Tampoco aquí... Qué fastidio!

(Levantando las cortinas y mirando al interior del cuarto
de don Angel.)

ANTONIO. Le he de meter en presidio!

(Alto y como hablando consigo mismo.)

PEPE. Cómo! Oiga usted...

(Tomando por él las palabras de don Antonio.)

ANTONIO. (Volviéndose) Es á mí?

PEPE. Sí.

ANTONIO. Qué quiere usted? (Con sequedad.)

PEPE. Por mi fé!

Qué ha dicho usted aquí, hace poco,
salero.

ANTONIO. (Este hombre está loco)

Tengo prisa

(Volviéndole la espalda y retirándose.)

(Deteniéndole por un brazo.)

PEPE. Espere usted...!

ANTONIO. Y me detiene! (Indignado.)

PEPE. Es que quiero...

ANTONIO. Habráse visto bergante...!

Sepa usted en adelante
con quien trata, majadero.

(Dále una bofetada y váse á su habitacion.)

ESCENA XVII.

PEPE.

Santo Cristo! Qué guantá!

Compare, vaya un camelo!

Por vida der quinto sielo!

Y de quién? De ese don Ná...?
Si le arrimo una patá
lo hago añicos...! Oh, no es chansa!
Mas yo tomaré vengansa
sin contemplasion nenguna
pues en esto, po fortuna,
náa tié que ver la ordenansa.
(*Váse por el fondo*)

ESCENA XVIII.

DOÑA ELENA *con una carta en la mano*, AURORA.

- ELENA. Dios mio! Qué desventura!
Qué desgracia! (*Llorando.*)
- AURORA. No se aflija
usted más... (*Consolándola*)
- ELENA. Perder un pleito
tan cuantioso...!
(*Rasgando la carta con desesperacion.*)
- AURORA. Pero tia...
- ELENA. Qué será ahora de nosotras? (*Sollozando.*)
Arruinadas! Perdidas!
- AURORA. Cálmesese usted...
- ELENA. Ah! Este golpe
acabará con mi vida.
Y si al ménos tú, tan buena,
tan amable, tan sencilla,
encontrases un partido
cual te mereces...
- AURORA. Ah! tia
no hablemos de eso...
- ELENA. Al contrario
hablemos de ello, sobrina.
Precisamente aquí mismo
tres hay que á tu mano aspiran,
ricos los tres, y que pueden
y anhelan hacer tu dicha.
- AURORA. Ya sabe usted que amo á Alfredo
que sólo con el sería
feliz...
- ELENA. Pero tú das crédito
á su amor? No ves, chiquilla,

- que son falsos sus halagos
y sus promesas mentidas?
AURORA. Mentirme él! Y con qué objeto?
ELENA. Qué inocente eres, sobrina!
Él aparentaba amarte
porque te juzgaba rica.
AURORA. Alfredo me ama, y mi amor,
no mi fortuna, codicia.
ELENA. Mentira! Farsa!
AURORA. Imposible!
ELENA. Pronto has de verlo, sobrina.

ESCENA XIX.

Dichas, ALFREDO y el ESCRIBANO.

- ALFREDO. Pero... es cierto?
(Al Escribano y en el dintel de la puerta.)
ESCRIBANO. Oh! Sí, señor:
tan cierto como lo digo.
Yo firmé como testigo...
ELENA. Ah! Nuestro procurador...
(Viendo al Escribano.)
ESCRIBANO. Señora, mucho he sentido
la desgracia...
(Aproximándose á doña Elena y saludándola.)
ELENA. *(Oh, Dios!)* De modo
que perdí...
ESCRIBANO. Costas y todo.
Vea usted... Aquí he traído..!
(Sacando un pliego del bolsillo y entregándosele á doña Elena.)
Es la notificación
de la sentencia...
ELENA. Bien, bien...
(Con despecho y arrojando el pliego sobre el sofá.)
(Malas tercianas te den!)
ESCRIBANO. Señora, resignación.
ELENA. Y usted, vendrá á hablar de Aurora
no es eso...? Lo presumía...
(Reparando en Alfredo y dirigiéndose á él con acritud)
Pues bien: ya le escucho...
AURORA. *(Tía!)*

(*Aparte á doña Elena y con acento suplicante.*)

ALFREDO. Usted ya sabe, señora,
cuánto por ella me afano...
Si usted me escucha indulgente
la rogaré nuevamente...

ELENA. Que le otorgue á usted su mano?

ALFREDO. Si usted cree que mi amor
la merece...

ELENA. (*Aparte y vacilando.*) (Estoy incierta...)

ESCRIBANO. Diga usted que sí y acierta...

(*Bajo á doña Elena, á cuyo lado habrá pasado durante el diálogo anterior. Durante la conversacion que seguirán estos en voz baja, Alfredo y Aurora entablarán otra figurada.*)

ELENA. Cómo? (*Volviéndose al Escribano.*)

ESCRIBANO. Sí: don Nicanor...

ELENA. Mi contrario afortunado...?

ESCRIBANO. El mismo.

ELENA. Y, qué quiere ahora?

ESCRIBANO. Ya nada. Ha muerto, señora.

ELENA. Ah!

ESCRIBANO. Pero antes, penetrado
de su suerte, en hacer vino
un testamento, en el cual
instituye universal
heredero á su sobrino.

ELENA. A don Alfredo...!

(*Manifestando su asombro.*)

ESCRIBANO. Sí.

ELENA. Y yo...

(*Quién había de pensar!*)

ESCRIBANO. Ahora usted podrá tomar
sus medidas...

ELENA. (No que no!)

(*Volviéndose á Alfredo y con mucha amabilidad.*)

Alfredo... yo... confieso
que obré mal... pero un error
que lamento...

ALFREDO. Por favor,
señora, no hablemos de eso.

ELENA. Ahora bien: por lo que hace
á su demanda amorosa,

me honra en extremo y gustosa
accedería á ese enlace.

Pero hoy nuestra posicion,
nuestra fortuna ha cambiado...

ALFREDO. Cree usted que habrá mudado
por eso mi corazón?

ELENA. Por mí... pero y tú? qué dices? (*A Aurora.*)

AURORA. Yo...
(*Mirando á Alfredo con amor.*)

ELENA. En fin, puesto que los dos
se aman...

ALF. y AUR. Ah, sí!

ELENA. Pues que Dios
les haga á ustedes felices.

ESCENA ÚLTIMA.

*Dichos, DON ANGEL que sale de su habitacion con dos pisto-
las; despues GASPAS, DON ANTONIO, PEPE y SOLEDAD.*

ANGEL. Servidor.

(*A Alfredo tocándole en un hombro.*)

ELENA. Jesús! (*Asustada al ver las pistolas*)

AURORA. Dios mio!

ALFREDO. Ah! es usted?

(*Volviéndose y reconociendo á don Angel.*)

ANGEL. Elija...

(*Mostrándole las pistolas.*)

AURORA. Alfredo!

(*Corriéndolo á detener á su amante.*)

ELENA. Sobrino! (*Id á Alfredo.*)

ALFREDO. No tengan miedo.

(*Procurando tranquilizarlas.*)

ANGEL. Salgamos! (*Impaciente.*)

ESCRIBANO. Un desafío?

ELENA. Ay! Válganos el Arcángel
San Gabriel...! Jesús qué fiera!

ANGEL. Piensa usted que soy de cera?

ALFREDO. Escúcheme usted, don Angel.

(*Apartándose un poco con don Angel y con tranquilidad.*)

ANGEL. Y qué podrá usted decirme
que calme mi ardiente sed
de venganza...?

ALFREDO. Escuche usted
le ruego, y despues de oirme
resolverá.

ANGEL. (Qué porfía!)

ALFREDO. Don Angel yo le he ofendido;
pero siento lo ocurrido
y remediarlo querría.
Cierto que yo le he faltado...
mas si empeñada la suerte
dá usted ó recibe la muerte
se habrá mi falta borrado?
Vea pues, si hay algun medio
digno y honroso, igualmente
para ambos, y diligente
pondré á la ofensa remedio.

ANGEL. Tan leal esplicacion
me basta, estoy satisfecho
y... esta es mi mano.

(*Tendiendo la mano á Alfredo que la estrecha entre las
suyas.*)

AURORA. (Ah! mi pecho
respira al fin!)

ELENA. (Qué emocion!)

ANGEL. Apriete usted; fuerte... así... (*A Alfredo.*)
Soy su amigo y no le asombre,
que digno es de serlo el hombre
que me ha santiguado á mí.

ALFREDO. Ea, todo se acabó...
no pensemos más en ello.

ELENA. Temí hubiese un atropello...

ALFREDO. Pues ya ha visto usted que no.

GASPAR. Alto!

(*Saliendo con dos floretes, uno en cada mano, y dirigién-
dose á don Angel.*)

ANGEL. Cómo!
(*Sorprendido y volviéndose rápidamente.*)

ELENA. Jesús!

GASPAR. (*Blandiendo los floretes.*) Alto
digo!

ANGEL. Y á qué tanta pausa?

Vamos...

(*Encaminándose á la puerta del fondo seguido de Gaspar. En este momento, don Antonio que sale de su habitacion con un rollo de papeles en la mano, los detiene bajando todos al proscenio.*)

ANTONIO. (*Saliendo.*) Hoy se abre la causa...

ELENA. Qué continuo sobresalto!

ANTONIO. En queja á los Tribunales

(*A Gaspar mostrándole los papeles que trae.*)

acudo, probando que...

PEPE. Ah bribon! Ya te atrapé...!

Las dos trancas son iguales...

(*A don Antonio, enseñándole dos garrotes con que habrá salido, seguido de Soledad, que intenta detenerle.*)

ANGEL. Pepe! (*Enojado*)

PEPE. (*Con resolucion.*) Señor, es que quiero vengarme de una guantada...

GASPAR. Y yo de una bofetada...

ANTONIO. Y yo de otra.

SOLEIDAD. (Qué salero!)

ALFREDO. Es decir, que la que di yo al señor... Perdone usted (*A don Angel*) si lo digo...

ANGEL. (*Riendo.*) La endosé...

GASPAR. Sí; á mí...! (*Furioso.*)

ANTONIO. A mí! (*Id.*)

PEPE. A mí! (*Id.*)

ALFREDO. Don Angel, quien falta es quien debe dar satisfaccion; y pues yo la di, es razon...

ANGEL. Es muy justo.

(*Tendiendo su mano á Gaspar.*)

GASPAR. Bien.

(*Estrechando la mano de don Antonio.*)

ANTONIO. Muy bien.

(*El mismo juego con Gaspar y Pepe.*)

PEPE. Está bien.

(*Estrechando con énfasis la mano de don Antonio.*)

ANGEL. (*Irritado.*) Pepe!

PEPE. (Huy, que tono!)

Presente!

(Cuadrándose delante de don Angel.)

- ANGEL. Largo de aquí,
tunante! (*Dándole un puntapié.*)
- PEPE. (*Al público.*) Bien... Esto sí
que es lo der último mono.
(*Váse seguido de Soledad.*)
- ALFREDO. Pues la calma se rehace,
creo oportuno el momento,
y aquí en su conocimiento
pongo mi próximo enlace.
- ANGEL. Se casa usted? Y con quién?
- ALFREDO. Esta es la novia. (*Presentándoles á Aurora.*)
- ANGEL. Qué escucho!
Y usted es gustosa...? (*A doña Elena.*)
- ELENA. Oh, mucho!
- ANGEL. Y... usted tambien! (*A Aurora.*)
- AURORA. Yo tambien!
- ANGEL. Siendo así no insisto más,
aunque lo deploro...
- GASPAR. Y yo
tampoco.
- ALFREDO. (*A don Antonio.*) Y usted?
- ANTONIO. Pues no!
Yo hago lo que los demás.
Siendo una cosa evidente
que donde hay fuerza de hecho
se pierde todo derecho,
quién va contra la corriente?
Insistir en casos tales
es expuesto y...
- ANGEL. Desistimos.
- GASPAR. (*Qué chasco!*) (*Aparte á don Antonio.*)
- ANTONIO. (*Aparte á Gaspar.*) (Si: nos lucimos!)
- ANGEL. Los tres quedamos iguales.
(*A Gaspar y á don Antonio.*)
- AURORA. Ahora nos falta inquirir (*A Alfredo.*)
si el público aplaudirá
nuestra union...
- ALFREDO. No temas ya
porqué no la ha de aplaudir!
- AURORA. En pensarlo me deleito.
- ANGEL. No anden las manos rehacias. (*Al público.*)

AURORA. Si aplaudis, daremos gracias. (*Id.*)
ANTONIO. Si silbais, entablo pleito. (*Id.*)
ANGEL. Pero hombre está usted en su juicio?
Imponerse...! vaya un medio!
Si nos silban, qué remedio!
Serán... GAJES DEL OFICIO.

FIN.

en las principales librerías.

Provincias.—En casa de los señores Corresponsales de la empresa.

Habana.—Señores Vilalibre y Compañía. Chao, *Pro- paganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.

México.—J. F. Parres y Compañía.

Buenos-Aires.—Ramon España. Angel Rembado, Cha- cubaco, 208.

Montevideo.—Andrés Rius.

Puerto-Rico.—Antonio Rey.

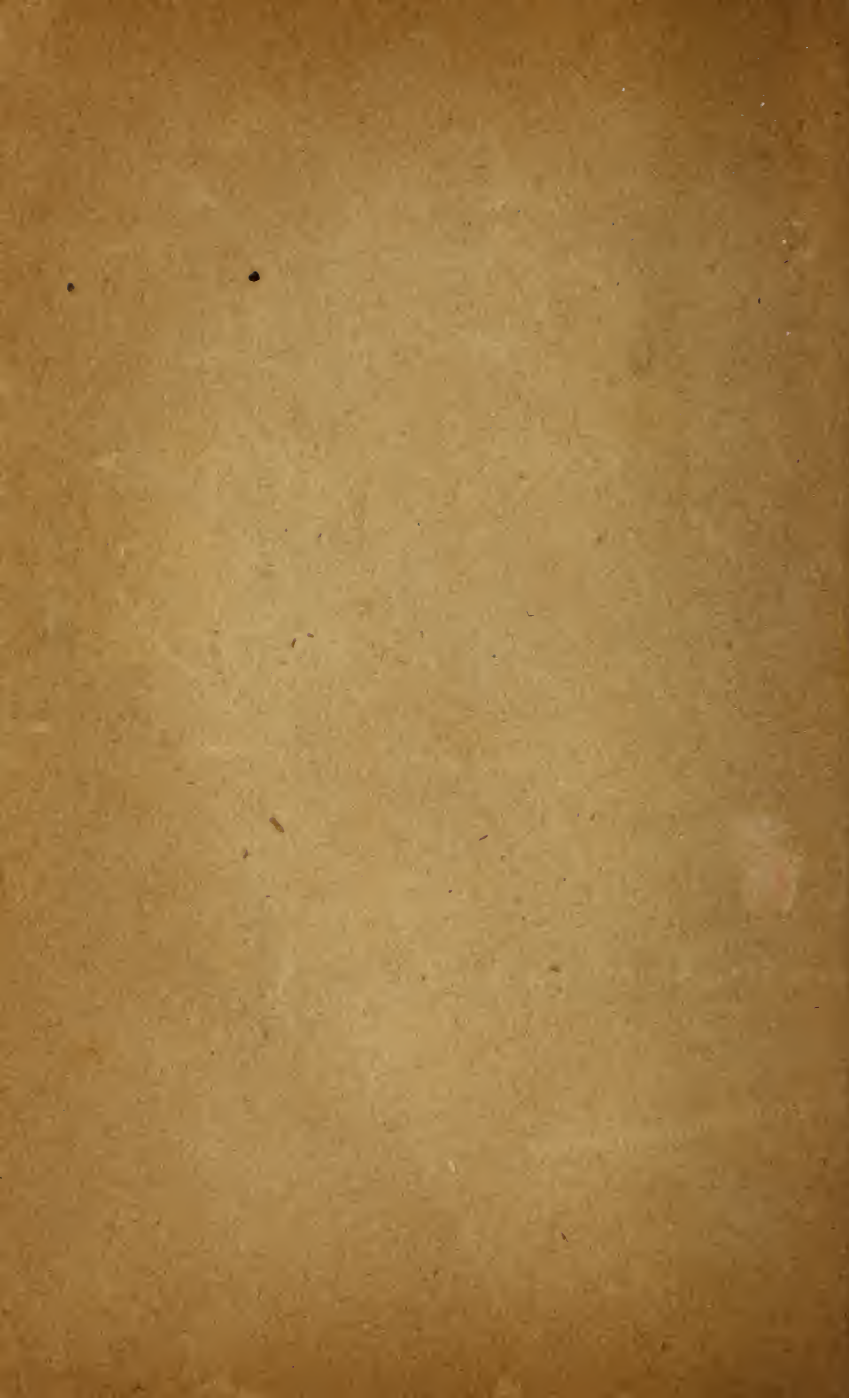
Santiago de Cuba.—A. Rabeló, hermanos.

Bogotá.—Soldevilla y Curriol.

Caracas.—Rojas, hermanos.

Guayaquil.—Antonio Lamota.

Todo suscriptor que dejase de recibir el reparto con pun- tualidad, se servirá dirigir directamente á esta su casa, la que inmediatamente pondrá los medios para servirles.



POLINA M 16549

